

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

La lengua de las rosas

Autor/es:

Nuño, Ana

Citar como:

Nuño, A. (1999). La lengua de las rosas. La madriguera. (23):55-55.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41814>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:





Una película como *La vendedora de rosas* (1998), de Víctor Gaviria, no se ve todos los días en nuestras pantallas. El público barcelonés así lo ha comprendido. Desde hace dos meses asiste a la cita con la terrible realidad que se asoma a la lente de este cineasta colombiano: la vida de los niños de las "comunidades", las barriadas de Medellín, que cercan la ciudad desde los cerros con un cinturón de miseria que se repite, casi idéntico, en Caracas, Rio de Janeiro, Lima y tantas otras ciudades de América Latina. "Uno en las comunas sube hacia el cielo pero bajando a los infiernos", escribe otro antioqueño, Fernando Vallejo, en su descarnado libro *La Virgen de los sicarios*. Sicario es, en la jerga de las barriadas, el asesino a sueldo. Con una particularidad: los sicarios no suelen tener más de 15 o 16 años. Y con un destino trágico: rara vez un sicario alcanza la mayoría de edad. Muere él también, de un balazo o una puñalada o de una sobredosis de basuco y alcohol o de pura locura, con el cerebro hecho papilla de tanto oler pegamento. Destino que comparten la mayoría de los niños de las comunas, abandonados a su suerte por unos padres que viven en la más atroz miseria y que a duras penas pueden sobrevivir ellos mismos.

Este es el mundo que nos ofrece Gaviria en su película: casi dos horas en las que se resume el periplo de Mónica (Leidy Tabares) y sus amigos, niños de la calle como ella, durante una Nochebuena en Medellín. En *Rodrigo D.-No futuro* (1990), también seleccionada para competir oficialmente en el Festival de Cannes, Gaviria ya había ensayado su temerario oficio. Nada hay, en efecto, más peligroso que adentrarse en los bajos fondos de una ciudad como ésta, y Gaviria lleva quince años haciéndolo. De ahí su familiaridad con el universo de las comunas y sus letales reglas del juego. Mucho hay que decir sobre una obra como ésta y sobre la ética de un cineasta que, enfrentado a la dificultad de trabajar en la porosa frontera entre el documental y la ficción, no ha cedido a la tentación de la denuncia simplista y la diatriba ideológica. Más que una película, *La vendedora de rosas* es un acto de salubridad moral e intelectual. Mostrar a estos niños en su intolerable existencia es

una manera eficaz de demostrar que el cine puede ser más que una lujosa distracción o un devaneo narcisista: una ventana abierta al mundo que no queremos ver pero que, querámoslo o no, es nuestro mundo.

Cabe deplorar, eso sí, la decisión de subtítular la cinta.

La lengua de las rosas

Los niños filmados por Gaviria se expresan en la lengua de las barriadas de Medellín, lo que los lingüistas llaman un sociolecto. ¿Qué se pretende con el grotesco gesto de "normalizarla"? ¿Acaso el público de Barcelona o Madrid está más alejado de ese universo lingüístico que un bogotano o mexicano de clase media?

Si tal es el caso, ¿por qué no, entonces, subtítular una cinta como *Barrio* a efectos de su distribución en América Latina? Es bochornoso que sigan cultivándose los viejos reflejos del más rancio y estúpido imperialismo lingüístico. Por lo visto, no hemos avanzado en la comprensión de la diversidad de la lengua española (o castellana o como cada quien quiera llamarla) desde los tiempos en que Nebrija hacía de su Gramática un arma para la penetración del Imperio, o si se prefiere, desde la época en que la editorial Planeta publicaba en España una edición de la obra de Juan Rulfo donde la palabra "zopilote" era sistemáticamente sustituida por "buitre". Cuando los niños de la película de Gaviria dicen "gonorrea" para referirse a cualquier cosa, están siendo coherentes con el universo en el que viven. ¿O es que hubiesen debido expresarse como un académico de la lengua? Lengua y universo vital son inseparables. No está mal que los hijos de la democracia española, que hacen bien en aprender catalán, euskera, gallego o bable, se enteren de que "verraco", "hijueputa" o "güevón" pertenecen a la lengua de la misma manera que "es una pasada" o "meter caña", expresiones que ningún latinoamericano oíría fuera de España y que no tiene, sin embargo, ninguna dificultad en entender. Pero es cierto que tienen una ventaja frente a los peninsulares: no se creen el cuento de que su cultura o su lengua es la única o mejor que las otras o portadora de normas y valores universales. No son, en suma, provincianos.

Ana Nuño